



TAMPA LIFE CHURCH

ARBOLES

Qué Hacer Cuando Dios Te Ha Tocado, Pero Las Cosas Siguen Borrosas

Marcos 8:22-25 | RVR1960

Introducción

Texto Principal

Marcos 8:22-25 (RVR1960)

Y vienen a Betsaida; y le traen un ciego, y le ruegan que le toque. Entonces, tomando la mano del ciego, le sacó fuera de la aldea; y escupiendo en sus ojos, le puso las manos encima, y le preguntó si veía algo. Él, mirando, dijo: Veo los hombres como árboles, pero los veo que andan. Luego le puso otra vez las manos sobre los ojos, y le hizo que mirase; y fue restaurado, y vio de lejos a todos claramente.

La mayoría de los milagros en las Escrituras ocurren de manera inmediata. El leproso es sanado. El cojo camina. Los muertos resucitan. Sin embargo, Marcos registra un milagro que se desarrolla por etapas. Un hombre ciego se encuentra con Jesús, recibe un toque, y aún no puede ver con claridad. Su ceguera desaparece, pero su visión sigue distorsionada. Puede ver movimiento, pero no puede interpretar correctamente lo que ve. Los hombres le parecen árboles que caminan.

Este milagro habla directamente a los creyentes que han experimentado el toque de Dios, pero que aún se encuentran luchando con confusión, decepción, pensamiento distorsionado, heridas emocionales o transformación incompleta. Ya no están donde solían estar, pero tampoco han llegado adonde desean estar. El milagro de Marcos 8 nos enseña que Dios no solo está interesado en comenzar una obra en nosotros; Él está comprometido a terminarla.

¿Qué sucede cuando Jesús te toca y las cosas siguen borrosas? ¿Qué haces cuando sabes que Dios ha obrado en tu vida, pero la claridad aún no ha llegado por completo? La respuesta se encuentra en el camino de este hombre ciego.

Mi Reflexion

SECCIÓN 1

La Teología de la Fe Prestada

Marcos 8:22 (RVR1960)

Y vienen a Betsaida; y le traen un ciego...

El milagro comienza con una pequeña palabra que lleva un enorme significado: le traen. Antes de que Jesús toque al hombre ciego, antes de que el hombre exprese fe, antes de que se restaure la visión, alguien decide que no lo dejará donde lo encontró. Toda la historia comienza porque personas comunes se involucraron en la lucha de otra persona.

Esto revela un principio importante del reino. Dios frecuentemente elige comenzar milagros a través de la fe de otros. A lo largo de las Escrituras vemos amigos llevando a un paralítico a Jesús, un centurión buscando sanidad para un siervo, Jairo intercediendo por su hija, y miembros de familia rogando por sus seres queridos. Una y otra vez, Dios permite que la fe de una persona se convierta en el puente hacia el avance de otra.

Hay temporadas en la vida en que las personas no pueden generar suficiente fe para seguir adelante. La decepción las ha agotado. El fracaso las ha desanimado. El trauma las ha exhausto. La ceguera espiritual las ha convencido de que el cambio es imposible. Durante esos momentos, Dios frecuentemente envía a alguien que creerá cuando ellas no pueden creer, que orará cuando ellas no pueden orar, y que las cargará cuando ellas no pueden cargarse a sí mismas.

La ceguera espiritual es particularmente peligrosa porque impide que las personas reconozcan tanto su condición como su solución. El hombre ciego no podía navegar independientemente su camino hacia Jesús porque su condición limitaba su perspectiva. El pecado y el quebrantamiento frecuentemente operan de la misma manera. Las personas se acostumbran tanto a su disfunción que ésta comienza a sentirse normal. Se adaptan a la oscuridad. Aprenden a sobrevivir en ella. Eventualmente dejan de imaginar que algo podría ser diferente.

Es por eso que el ministerio importa. El verdadero ministerio no es meramente enseñar, predicar o cantar. En su esencia, el ministerio es negarse a ser un espectador. Es ver a alguien atrapado en la oscuridad y decidir que su condición no será ignorada. Las personas sin nombre en esta historia no podían sanar al hombre, pero podían llevarlo al Único que podía. Ese es el llamado de todo creyente.

Muchos cristianos subestiman el poder de la invitación, la oración, el ánimo y la intercesión. Sin embargo, algunos de los mayores milagros en las Escrituras comenzaron porque alguien se preocupó lo suficiente como para llevar a otra persona a Jesús. No estamos llamados a ser salvadores. Estamos llamados a ser portadores. Puede que no podamos terminar el milagro de otra persona, pero Dios frecuentemente nos usa para comenzar su camino.

El desafío para todo creyente es simple: ¿Quién está más cerca de Jesús hoy por tu fe? ¿A quién estás cargando? ¿A quién te niegas a dejar atrás? El milagro de Marcos 8 nos recuerda que a veces el mayor acto de fe es simplemente tomar a alguien de la mano y llevarlo hacia Cristo.

Mi Reflexion

SECCIÓN 2

Por Qué Jesús Lo Sacó Antes de Sanarlo

Marcos 8:23 (RVR1960)

Y tomando la mano del ciego, le sacó fuera de la aldea...

Uno de los detalles más fascinantes de este milagro es que Jesús no sana al hombre de inmediato. En cambio, lo toma de la mano y lo lleva fuera de Betsaida. A primera vista, esto parece innecesario. Después de todo, Jesús sanó personas en calles concurridas, sinagogas, hogares y plazas del mercado. Su poder nunca estuvo limitado por la geografía. Si podía sanar en cualquier lugar, ¿por qué sacar al hombre del pueblo antes de restaurar su vista?

La respuesta revela un profundo principio espiritual: a veces el ambiente que rodea a una persona se convierte en parte del problema que Dios está tratando de resolver.

Betsaida no era una ciudad ordinaria. Era un lugar que había presenciado demostraciones extraordinarias del poder de Dios. Milagros habían ocurrido allí. Obras poderosas habían sido realizadas allí. Sin embargo, a pesar de la exposición repetida a la actividad divina, la ciudad permaneció resistente al arrepentimiento y la transformación. Jesús posteriormente pronunció juicio sobre Betsaida porque había visto tanto y cambiado tan poco.

Mateo 11:21 (RVR1960)

¡Ay de ti, Betsaida! porque si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho los milagros que han sido hechos en vosotras, tiempo ha que se hubieran arrepentido en cilicio y en ceniza.

Esto revela una condición espiritual peligrosa. Es posible familiarizarse con lo sobrenatural sin jamás rendirse a él. Es posible presenciar milagros sin experimentar transformación. Es posible vivir cerca de la presencia de Dios mientras se resiste la obra de Dios.

Betsaida se había convertido en un ambiente donde la exposición reemplazaba la obediencia. La gente veía milagros, hablaba de milagros, celebraba milagros, pero muchos nunca permitieron que esos milagros los cambiaran. La atmósfera se había saturado de evidencia pero carecía de

arrepentimiento. Jesús entendió que antes de que se restaurara la visión de este hombre ciego, primero necesitaba ser removido de un ambiente que normalizaba la resistencia espiritual.

Este principio sigue siendo relevante hoy. No todo entorno es neutral. Los lugares moldean a las personas. Las conversaciones moldean a las personas. Las relaciones moldean a las personas. Las atmósferas moldean a las personas. Lo que repetidamente nos exponemos eventualmente influye en cómo pensamos, qué esperamos y qué creemos que es posible. Todo ambiente lleva una cultura, y toda cultura nos enseña algo.

- *Algunos entornos enseñan fe. Otros enseñan miedo.*
- *Algunos entornos cultivan esperanza. Otros cultivan cinismo.*
- *Algunos entornos fomentan el crecimiento. Otros recompensan el estancamiento.*
- *Algunos entornos desafían la disfunción. Otros la acomodan.*

Cuanto más tiempo permanece una persona en una atmósfera poco saludable, más normal comienza a sentirse su disfunción. Eventualmente dejan de ver su condición como esclavitud y comienzan a aceptarla como identidad. Lo que comenzó como una lucha se convierte en un estilo de vida. Lo que comenzó como dolor se convierte en personalidad. Lo que comenzó como debilidad se vuelve normal.

Esta es una de las estrategias más efectivas del enemigo. Satanás no siempre necesita destruir a las personas. A veces simplemente necesita convencerlas de que nada puede cambiar. Si puede normalizar la ceguera, puede evitar que las personas persigan la visión.

Jesús entendió que la transformación frecuentemente requiere separación. Antes de cambiar la visión del hombre, cambió su entorno. Antes de abordar lo que estaba sucediendo dentro de él, abordó lo que estaba sucediendo a su alrededor. Esto no fue castigo. Fue misericordia. Cristo estaba removiendo influencias que habían moldeado las expectativas del hombre por demasiado tiempo.

Muchos creyentes le piden a Dios que cambie sus vidas mientras se niegan a dejar los entornos que siguen produciendo las mismas luchas. Oran por libertad pero permanecen conectados a lo que los mantiene atados. Piden sanidad mientras continúan regresando a las conversaciones, influencias, actitudes y relaciones que refuerzan sus heridas. Desean nueva visión mientras protegen viejos entornos.

Sin embargo, a lo largo de las Escrituras, la separación frecuentemente precede a la transformación.

- *Abraham tuvo que salir de Ur.*
- *Israel tuvo que salir de Egipto.*
- *El hijo pródigo tuvo que salir del país lejano.*
- *Los discípulos dejaron sus redes.*

- Pablo dejó su antigua identidad.
- Y este hombre ciego tuvo que salir de Betsaida.
- Dios frecuentemente nos saca antes de restaurarnos.

Hay otro hermoso detalle en este versículo. Jesús no le ordena al hombre que encuentre su propio camino fuera del pueblo. El hombre ciego no podía navegar ese camino solo. En cambio, Jesús lo toma de la mano y lo guía.

Qué imagen de gracia.

- El hombre no puede ver adónde va, pero Jesús sí.
- El hombre no entiende el proceso, pero Jesús sí.
- El hombre no puede reconocer por qué la separación es necesaria, pero Jesús sí.

A veces Dios nos guía a temporadas que no entendemos. Remueve comodidades familiares. Cambia relaciones. Cierra puertas. Cambia circunstancias. Durante esos momentos, puede sentirse confuso porque aún no podemos ver lo que Él ve. Sin embargo, la mano que nos guía es la misma mano que intenta sanarnos.

El hombre ciego puede que no haya entendido por qué estaba dejando Betsaida, pero pronto descubriría que la separación no estaba retrasando su milagro. La separación lo estaba preparando para él.

Lo mismo es frecuentemente cierto en nuestras vidas. Lo que se siente como pérdida puede ser en realidad preparación. Lo que se siente como remoción puede ser en realidad protección. Lo que se siente como un final puede ser en realidad la primera etapa de la sanidad.

Antes de que Jesús restaurara la vista del hombre, cambió su entorno. A veces el primer milagro no es la sanidad. A veces el primer milagro es ser guiado fuera del lugar que te mantenía ciego.

Mi Reflexion

SECCIÓN 3

Vivir Cerca de Milagros Sin Convertirse en Uno

Mateo 11:21 (RVR1960)

¡Ay de ti, Betsaida! porque si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho los milagros que han sido hechos en vosotras, tiempo ha que se hubieran arrepentido en cilicio y en ceniza.

Una de las realidades más solemnes en las Escrituras es que la exposición a Dios no produce automáticamente transformación. Esta es la tragedia de Betsaida. No era una ciudad que careciera de revelación. Era una ciudad ahogándose en revelación. No era una ciudad que careciera de milagros. Era una ciudad rodeada de milagros. El problema no era lo que habían visto. El problema era en lo que se habían negado a convertirse.

Esta verdad desafía una suposición común entre los creyentes. A menudo asumimos que si la gente pudiera simplemente presenciar suficientes milagros, escuchar suficiente predicación, asistir a suficientes servicios o experimentar suficiente de la presencia de Dios, la transformación seguiría naturalmente. Sin embargo, Betsaida se erige como una advertencia contra esa idea. La gente había visto suficiente evidencia para cambiar sus vidas para siempre, pero muchos permanecieron espiritualmente sin cambios.

El corazón humano posee una increíble capacidad para familiarizarse con lo que debería asombrarlo. Lo que una vez inspiró asombro puede eventualmente volverse rutina. Lo que una vez despertó gratitud puede volverse esperado. Lo que una vez causó temblor puede volverse ordinario. Este es uno de los mayores peligros en la vida espiritual. Cuanto más tiempo estamos cerca de cosas santas, más fácil se vuelve perder nuestra admiración.

Los israelitas experimentaron esto repetidamente. La generación que cruzó el Mar Rojo eventualmente se quejó del maná. Las personas que presenciaron agua fluyendo de una roca aún dudaban de la provisión de Dios. La nación que vio al Monte Sinaí cubierto de gloria divina eventualmente construyó un becerro de oro. Los milagros solos no transforman a las personas. La transformación requiere rendición.

Es por eso que Jesús sacó al hombre ciego de Betsaida. Lo estaba sacando de una atmósfera donde las personas habían aprendido a observar el poder de Dios sin someterse a la autoridad de Dios. La ciudad se había convertido en un lugar donde los milagros eran discutidos pero no administrados, celebrados pero no obedecidos, admirados pero no abrazados. El peligro no era la ignorancia. El peligro era la familiaridad.

Muchos creyentes enfrentan la misma tentación hoy. Es posible asistir a la iglesia regularmente, escuchar predicación poderosa, presenciar vidas siendo cambiadas, y aún permanecer personalmente sin cambios. Es posible celebrar el avance de otra persona mientras se descuida la

propia necesidad de transformación. Es posible convertirse en espectadores de un avivamiento en lugar de participantes en él.

Hay una diferencia sutil entre estar cerca de un mover de Dios y permitir que un mover de Dios ocurra dentro de ti. Uno implica observación. El otro implica rendición. La observación no requiere nada. La rendición lo cuesta todo.

Es por eso que el avivamiento no puede medirse meramente por asistencia, emoción, sentimiento o incluso milagros visibles. El verdadero avivamiento se mide por arrepentimiento, obediencia y transformación. El propósito final del poder de Dios no es impresionarnos. Es cambiarnos. Cada milagro es una invitación a convertirnos en algo diferente de lo que éramos antes.

El hombre ciego podría haberse quedado en Betsaida y seguir escuchando historias de milagros. Podría haber escuchado testimonios. Podría haber celebrado lo que Jesús estaba haciendo por otros. Sin embargo, ninguna de esas cosas habría restaurado su vista. Eventualmente tuvo que pasar de estar cerca del milagro a convertirse en el milagro.

La misma decisión confronta a todo creyente. Llega un momento en que debemos dejar de vivir de los testimonios de otras personas y permitir que Dios escriba uno en nuestras propias vidas. Llega un momento en que debemos dejar de admirar la transformación desde la distancia y someternos a la obra transformadora de Dios. Llega un momento en que debemos dejar de hablar de avivamiento y permitir que el avivamiento llegue a los lugares ocultos de nuestros corazones.

Uno de los lugares más peligrosos que puede ocupar un creyente es un lugar de proximidad espiritual sin participación espiritual. Es posible estar cerca del fuego sin jamás ser consumido por él. Es posible escuchar la verdad sin obedecerla. Es posible celebrar la libertad mientras se permanece atado.

- *Betsaida nos enseña que estar cerca de los milagros no es suficiente.*
- *Debemos convertirnos en lo que la presencia de Dios está tratando de producir dentro de nosotros.*
- *La ciudad vio milagros pero permaneció sin cambios.*
- *El hombre ciego salió de la ciudad y se convirtió en el milagro.*
- *La pregunta que todo creyente debe hacerse no es: ¿He visto a Dios moverse?*
- *La pregunta real es: ¿Me ha cambiado lo que he visto?*
- *Porque el objetivo del poder de Dios nunca ha sido la información.*
- *El objetivo del poder de Dios es la transformación.*
- *Y hay una enorme diferencia entre vivir cerca de milagros y convertirse en uno.*

Mi Reflexion

SECCIÓN 4

Los Entornos Que Nos Enseñan a Permanecer Ciegos

Marcos 8:23 (RVR1960)

Y tomando la mano del ciego, le sacó fuera de la aldea...

Cuanto más examinamos este milagro, más notables se vuelven las acciones de Cristo. Jesús podría haber sanado al hombre ciego inmediatamente al llegar. Podría haber pronunciado una palabra. Podría haberlo tocado en medio de la ciudad. Podría haber demostrado Su poder públicamente ante toda la población de Betsaida. En cambio, deliberadamente sacó al hombre del ambiente antes de abordar su condición.

Esto nos enseña una verdad incómoda: a veces la ceguera se sostiene no solo por lo que está mal dentro de nosotros, sino por lo que nos rodea.

Los seres humanos son profundamente moldeados por sus entornos. Mucho antes de que tomemos decisiones conscientemente, nuestro entorno influye en nuestras expectativas, actitudes, creencias y comportamientos. Aprendemos lo que es normal de las personas que nos rodean. Aprendemos lo que es aceptable de la cultura que nos rodea. Aprendemos lo que es posible de las voces que repetidamente escuchamos. Con el tiempo, estas influencias se vuelven tan familiares que dejamos de cuestionarlas por completo.

Esta realidad es visible a lo largo de las Escrituras. Los israelitas pasaron siglos en Egipto. Incluso después de que Dios los liberó físicamente, Egipto permaneció vivo en ellos mentalmente. Aunque sus cuerpos habían dejado la esclavitud, la esclavitud aún no había dejado sus mentes. Continuamente anhelaban lo que Dios los había rescatado. Romantizaban su cautiverio. Cuestionaban su libertad. Luchaban por confiar en el Dios que los había liberado porque Egipto los había entrenado en cómo pensar.

Muchos creyentes experimentan la misma lucha. Dios los libera de ciertos pecados, hábitos y estilos de vida, pero los patrones de pensamiento desarrollados en esos entornos permanecen.

Sus circunstancias cambian más rápido que sus perspectivas. Su ubicación cambia más rápido que su mentalidad. Su confesión cambia más rápido que sus expectativas.

Es por eso que algunas personas continúan viviendo como cautivos mucho después de haber sido liberadas.

El enemigo entiende que si no puede mantenerte atado físicamente, intentará mantenerte atado mentalmente. Trabaja incansablemente para convencerte de que tu pasado es tu identidad, que tus fracasos son tu futuro y que tus limitaciones son permanentes. Su objetivo no es meramente mantenerte ciego. Su objetivo es hacer que la ceguera se sienta normal.

Uno de los momentos más peligrosos en la vida de una persona ocurre cuando deja de luchar contra su disfunción y comienza a acomodarla. Al principio, la disfunción se siente incómoda. Luego se vuelve familiar. Eventualmente se convierte en esperada. Lo que una vez parecía anormal lentamente se vuelve ordinario.

- *La amargura se convierte en personalidad.*
- *El miedo se convierte en sabiduría.*
- *La ansiedad se convierte en identidad.*
- *La adicción se convierte en estilo de vida.*
- *El quebrantamiento se vuelve normal.*
- *Lo que comenzó como una lucha se convierte en una lente a través de la cual se interpreta todo.*

Cuanto más tiempo permanecen las personas en entornos poco saludables, más se adaptan a esos entornos. Desarrollan mecanismos de defensa. Aprenden estrategias de supervivencia. Construyen muros emocionales. Bajan sus expectativas. Crean explicaciones de por qué las cosas nunca cambiarán. En lugar de buscar sanidad, se convierten en expertos en manejar el dolor.

Esta es una de las razones por las que Jesús no simplemente sanó al hombre en Betsaida. No solo estaba abordando la ceguera física. Estaba confrontando la atmósfera que había enseñado al hombre a vivir con la ceguera.

Hay una diferencia significativa entre sobrevivir a la ceguera y recibir la vista.

Muchas personas aprenden a funcionar con heridas de las que nunca se han sanado. Aprenden a sonreír mientras están sufriendo. Aprenden a asistir a la iglesia mientras cargan resentimiento. Aprenden a adorar mientras batallan en secreto con la desesperación. Aprenden a parecer saludables mientras permanecen espiritualmente agotados. Sus vidas se convierten en ejercicios de manejo en lugar de transformación.

Sin embargo, Jesús no vino meramente a ayudar a las personas a manejar su quebrantamiento.

Él vino a restaurarlas.

El Evangelio no es un mensaje de manejo. Es un mensaje de transformación.

Con demasiada frecuencia la cultura moderna anima a las personas a simplemente aceptar cada debilidad, cada disfunción, cada herida y cada patrón destructivo como incambiable. Si bien es importante entender nuestras luchas, Dios nunca tuvo la intención de que el entendimiento reemplazara la transformación. Cristo no murió meramente para que pudiéramos explicar nuestra esclavitud. Él murió para que pudiéramos ser librados de ella.

Esto no significa que la transformación ocurra instantáneamente. La historia del hombre ciego lo demuestra. La sanidad es frecuentemente progresiva. El crecimiento es frecuentemente gradual. La santificación es frecuentemente un camino. Sin embargo, la dirección del Evangelio es siempre hacia mayor libertad, mayor claridad y mayor plenitud.

El hombre ciego había pasado años indudablemente adaptándose a la oscuridad. Había aprendido a navegar la vida sin vista. Había desarrollado formas de sobrevivir. Sin embargo, Jesús lo amaba demasiado para dejarlo allí.

Y Dios nos ama demasiado para dejarnos allí también a nosotros.

Hay entornos, conversaciones, influencias y relaciones que refuerzan la versión antigua de quiénes éramos. Nos recuerdan nuestros fracasos. Despiertan viejos temores. Agitan viejos antojos. Nos jalan hacia viejas identidades. El Espíritu Santo frecuentemente nos lleva lejos de estas influencias no porque Dios nos esté restringiendo, sino porque nos está preparando para mayor claridad.

Muchos creyentes oran por visión mientras permanecen comprometidos con las mismas influencias que la distorsionan.

Le piden a Dios que cambie lo que ven sin permitirle que cambie lo que moldea su visión.

Pero la sanidad frecuentemente comienza cuando Dios empieza a remover lo que nos ha estado enseñando a permanecer ciegos.

El hombre ciego probablemente no entendía por qué Jesús lo estaba llevando fuera de la ciudad.

Nosotros tampoco siempre entendemos el proceso de Dios.

Sin embargo, la mano que nos lleva lejos de entornos poco saludables es la misma mano que intenta restaurar nuestra visión.

A veces Dios nos saca de lo familiar porque lo familiar nos ha estado manteniendo ciegos.

Y a veces el mayor acto de misericordia no es lo que Dios nos da.

Es de lo que Dios nos lleva lejos.

Mi Reflexion

SECCIÓN 5

El Dios Que Ofende Nuestras Preferencias

Marcos 8:23 (RVR1960)

Y escupiendo en sus ojos, le puso las manos encima, y le preguntó si veía algo.

Uno de los aspectos más sorprendentes de este milagro no es que Jesús sanara al hombre, sino cómo eligió sanarlo. A lo largo de los Evangelios, Cristo sanó a las personas de diversas maneras. A veces habló una palabra. A veces los tocó. A veces les ordenó actuar. Sin embargo, en este momento, después de llevar al hombre ciego fuera de Betsaida, Jesús hace algo que parece extraño e incluso incómodo. Escupe en los ojos del hombre y luego pone Sus manos sobre él. El método se siente inusual porque lo era. Si somos honestos, desafía nuestras expectativas de cómo debería obrar Dios. Sin embargo, esa es precisamente una de las lecciones ocultas dentro de este milagro. Dios frecuentemente logra Su mayor obra a través de métodos que ofenden la preferencia humana. A menudo queremos que Dios obre según nuestros planes, nuestra lógica y nuestras expectativas. Queremos milagros, pero los queremos empaquetados de maneras que tengan sentido para nosotros. Queremos sanidad sin incomodidad, transformación sin rendición y victoria sin proceso. Sin embargo, a lo largo de las Escrituras, Dios demuestra repetidamente que Sus métodos no están sujetos a la aprobación humana.

El problema no es que dudemos del poder de Dios. La mayoría de los creyentes no tienen dificultad para creer que Dios puede realizar milagros. La lucha más profunda es confiar en Él cuando elige un camino que nosotros no habríamos seleccionado. Naamán luchó con esto cuando Eliseo le instruyó que se lavara en el río Jordán. El asunto nunca fue si Dios podía sanarlo. El asunto fue si Naamán se sometería a un proceso que ofendió su orgullo. Los israelitas lucharon con esto cuando Dios los guió a través del desierto en lugar de directamente a la Tierra Prometida. Los discípulos lucharon con esto cuando el Mesías que esperaban conquistar Roma eligió en cambio una cruz. La naturaleza humana busca continuamente a un Dios que obre según nuestras expectativas, mientras las Escrituras revelan continuamente a un Dios cuya sabiduría las trasciende. El hombre ciego de Marcos 8 se vio obligado a confiar en un Salvador cuyos métodos

no podía entender. Antes de que su visión pudiera ser restaurada, su preferencia tuvo que rendirse.

Hay algo profundamente personal ocurriendo en este momento. Jesús no está sanando desde lejos. No está parado al otro lado de la calle emitiendo un comando. No está meramente pronunciando palabras al aire. Está comprometido directamente con el lugar del quebrantamiento del hombre. Los ojos que ya no funcionan correctamente se convierten en el lugar mismo donde Cristo elige obrar. La ceguera no se evita. Se confronta. La debilidad no se ignora. Se convierte en el enfoque de la atención divina. Esto revela algo hermoso sobre el carácter de Dios. Él no está intimidado por las áreas de nuestras vidas que están quebrantadas. Los lugares que frecuentemente ocultamos son frecuentemente los lugares donde Dios desea obrar más profundamente. Las heridas que tratamos de cubrir son frecuentemente las heridas que Él intenta sanar. Las luchas que esperamos que nadie note son frecuentemente los lugares donde Su gracia desea manifestarse con mayor poder.

Muchas personas pasan años intentando manejar las apariencias en lugar de perseguir la transformación. Se vuelven habilidosas en parecer saludables mientras cargan heridas ocultas. Aprenden a aparecer fuertes mientras batallan en privado con el temor. Aprenden a hablar el lenguaje de la fe mientras luchan con dolor sin resolver. Sin embargo, Jesús nunca realiza milagros superficiales. No simplemente mejora las apariencias. Aborda las causas raíz. Va más allá de los síntomas y llega a los lugares que necesitan restauración genuina. Es por eso que Sus métodos frecuentemente se sienten incómodos. La comodidad raramente produce transformación. La rendición sí. El hombre ciego no podía dictar el proceso. No podía negociar el método. No podía decirle a Jesús cómo debía desarrollarse el milagro. Simplemente se puso en las manos del Salvador y confió en Él para que hiciera lo que solo Él podía hacer.

Este principio sigue siendo esencial para todo creyente. Hay temporadas en que Dios obra de maneras que no entendemos completamente. Puede pedirnos que perdonemos cuando preferiríamos aferrarnos al resentimiento. Puede llamarnos a la humildad cuando nuestra carne desea vindicación. Puede requerir paciencia cuando desesperadamente queremos respuestas inmediatas. Puede guiarnos a través de procesos que se sienten más lentos de lo que preferimos. Durante esos momentos, la pregunta no es si Dios está obrando. La pregunta es si confiamos en Él lo suficiente como para rendirnos al proceso. La fe no es meramente creer que Dios puede hacer algo. La fe es confiar en Él cuando Sus métodos no coinciden con nuestras expectativas. El hombre ciego nos enseña que la claridad frecuentemente llega después de la rendición. El entendimiento frecuentemente sigue a la obediencia. Dios no siempre explica Su proceso antes de comenzar.

Quizás la mayor lección en esta parte de la historia es que Jesús estaba más preocupado por la vista del hombre que por la comodidad del hombre. El método puede haber parecido extraño, pero el propósito era claro. Todo lo que Cristo estaba haciendo estaba moviendo al hombre hacia la

restauración. Cada paso del proceso era intencional. Cada acción lo estaba preparando para mayor claridad. Lo mismo es cierto en nuestras vidas. Hay momentos en que Dios permite circunstancias que desafían nuestras preferencias, estiran nuestra fe y humillan nuestro orgullo. Sin embargo, Su objetivo nunca es la humillación. Su objetivo es la transformación. Él está comprometido a hacernos completos. El milagro no fue diseñado para proteger la dignidad del hombre ciego. El milagro fue diseñado para restaurar su visión. A veces Dios desafiará nuestras preferencias porque nos ama demasiado para dejarnos sin cambios.

Mi Reflexion

SECCIÓN 6

Sensación Antes de Revelación

Marcos 8:23-24 (RVR1960)

Y escupiendo en sus ojos, le puso las manos encima, y le preguntó si veía algo. Él, mirando, dijo...

Uno de los aspectos más pasados por alto de este milagro es lo que sucedió entre el toque y la claridad. Frecuentemente leemos la historia rápidamente porque estamos enfocados en el resultado final, pero hay un momento significativo desarrollándose en el medio del proceso. Jesús toca al hombre, pero la visión completa no llega de inmediato. Algo comienza, pero aún no está completo. El milagro ha sido iniciado, pero no ha alcanzado su expresión final. Esto nos enseña un profundo principio espiritual que aparece a lo largo de las Escrituras: Dios frecuentemente nos permitirá experimentar sensación antes de otorgarnos plena revelación. Nos dejará sentir algo antes de que entendamos completamente lo que Él está haciendo. Despertará la esperanza antes de revelar el resultado. Agitará la fe antes de proporcionar la explicación.

Este patrón es visible a lo largo de la Biblia. Abraham recibió una promesa décadas antes de sostener a Isaac en sus brazos. José soñó con autoridad mucho antes de pararse en el palacio del Faraón. Moisés sintió el llamado de Dios mucho antes de pararse ante la zarza ardiendo. David fue ungido rey mucho antes de sentarse en el trono de Israel. En cada caso, Dios inició algo internamente antes de manifestarlo externamente. La sensación vino antes del cumplimiento. La

promesa vino antes de la posesión. El toque vino antes de la claridad.

Muchos creyentes se frustran durante esta etapa porque confunden la incompleción con la ausencia. Asumen que porque el milagro no está terminado, Dios debe no estar obrando. Sin embargo, las Escrituras demuestran repetidamente lo opuesto. Frecuentemente la evidencia de que Dios está obrando no es que todo ha cambiado. La evidencia es que algo ha comenzado a despertar dentro de nosotros. Surge un nuevo hambre. Aparece una esperanza fresca. La fe comienza a levantarse donde una vez vivió la desesperación. Comienza a crecer en nosotros un deseo por más de Dios en lugares que antes se sentían vacíos y sin vida. Estos movimientos internos no son insignificantes. Son frecuentemente las señales más tempranas de actividad divina.

Esto nos ayuda a entender por qué la adoración es tan importante en la vida de un creyente. La adoración no es meramente expresión emocional. La adoración frecuentemente se convierte en el ambiente donde la sensación espiritual se despierta. Muchas personas entran a la presencia de Dios cargando cargas que no pueden explicar y preguntas que no pueden responder. Sus circunstancias permanecen sin cambios. Sus problemas permanecen sin resolver. Sin embargo, algo sucede cuando entran a la presencia de Dios. Comienzan a sentir esperanza nuevamente. Comienzan a creer nuevamente. Comienzan a sentir que Dios está cerca. Nada a su alrededor puede haber cambiado, pero algo dentro de ellos comienza a moverse. Ese movimiento importa. Es frecuentemente la primera evidencia de que Dios los está preparando para mayor claridad.

El enemigo trabaja incansablemente para convencer a los creyentes de despreciar los pequeños comienzos. Quiere que las personas descarten cada impulso espiritual, cada momento de convicción, cada agitación de fe y cada visión de esperanza. Quiere que concluyan que si aún no poseen el milagro completo, entonces nada significativo ha ocurrido. Sin embargo, la historia del hombre ciego nos enseña lo contrario. Antes de poder ver claramente, primero experimentó el toque de Cristo. Antes de que hubiera revelación, hubo interacción. Antes de que hubiera entendimiento, hubo encuentro. El toque mismo era evidencia de que algo ya había comenzado.

Muchos creyentes pueden dar testimonio de temporadas donde este principio se convirtió en realidad en sus propias vidas. Entraron a un servicio cargando dolor, pero salieron cargando esperanza. Entraron a la oración desanimados, pero se levantaron con fe renovada. Entraron a la adoración abrumados, pero partieron con confianza de que Dios aún estaba obrando. Aún no tenían su respuesta. La montaña no se había movido. El milagro no se había manifestado completamente. Sin embargo, sintieron algo. El Espíritu de Dios había despertado algo dentro de ellos que previamente había estado dormido. Esa sensación se convirtió en el fundamento sobre el cual podía edificarse una fe mayor.

También hay una lección práctica aquí sobre la madurez espiritual. Los creyentes maduros aprenden a no despreciar las etapas del proceso de Dios. Entienden que Dios no siempre revela todo de una vez. Frecuentemente da suficiente luz para el siguiente paso en lugar de todo el

camino. Proporciona suficiente ánimo para seguir adelante sin necesariamente explicar cada detalle del futuro. Esto requiere confianza. Requiere creer que el Dios que comenzó la obra es capaz de terminarla. Requiere confianza en que el silencio divino no es ausencia divina y que la incompleción no es abandono.

Quizás es aquí donde muchos creyentes se encuentran hoy. Aún no tienen claridad completa. No pueden explicar completamente lo que Dios está haciendo. Ven evidencia de Su mano, pero aún no ven todo el panorama. Sienten Su presencia, pero aún tienen preguntas. Perciben movimiento, pero anhelan entendimiento. Si eso describe tu temporada, ánimo. El hombre ciego nos enseña que la sensación no es enemiga de la fe. Frecuentemente es el comienzo de ella. El toque de Jesús no fue la conclusión del milagro. Fue el anuncio de que el milagro había comenzado.

Dios frecuentemente da sensación antes de dar explicación. Nos permite sentir Su presencia antes de que entendamos completamente Su propósito. Despierta la fe antes de revelar el resultado. Nos deja experimentar el toque antes de otorgar la claridad. Y quienes aprenden a confiar en Él en medio del proceso frecuentemente descubren que lo que se sentía incompleto era en realidad preparación para algo mucho mayor de lo que imaginaban.

Mi Reflexion

SECCIÓN 7

La Psicología de Mirar Hacia Abajo

Marcos 8:24 (RVR1960)

Él, mirando, dijo: Veo los hombres como árboles, pero los veo que andan.

Uno de los detalles más notables en este milagro está oculto en cuatro palabras simples: mirando, dijo. Antes de que el hombre describa lo que ve, antes de confesar que su visión sigue borrosa, antes de explicar la condición de su vista, las Escrituras nos dicen que miró hacia arriba. Esto puede parecer insignificante a primera vista, pero revela una profunda verdad sobre el proceso de sanidad. La primera evidencia de que algo había cambiado no fue que veía con claridad. La primera evidencia fue que miró hacia arriba. Antes de que su visión fuera restaurada, su postura fue transformada.

La decepción tiene una postura. El dolor prolongado tiene una postura. El fracaso repetido tiene una postura. Cuando las personas experimentan suficiente sufrimiento, suficiente rechazo, suficientes oraciones sin respuesta, suficientes expectativas demoradas, frecuentemente comienzan a vivir con los ojos bajos. Sus cuerpos pueden seguir funcionando, pero sus expectativas disminuyen. Sus oraciones se vuelven más pequeñas. Sus sueños se vuelven más silenciosos. Su fe se vuelve más cautelosa. Dejan de mirar hacia arriba porque mirar hacia arriba ha llegado a asociarse con la decepción. La esperanza se siente peligrosa porque la esperanza crea la posibilidad de dolor.

El escritor de Proverbios entendió esta realidad cuando declaró:

Proverbios 13:12 (RVR1960)

La esperanza que se demora es tormento del corazón; pero árbol de vida es el deseo cumplido.

Nota que las Escrituras no dicen que la esperanza negada enferma el corazón. Dice la esperanza demorada. El dolor viene de la espera. La lucha viene del retraso. La carga viene de cargar la expectativa durante un período prolongado sin ver el cumplimiento. Con el tiempo, la decepción repetida comienza a remodelar cómo piensan las personas. Les enseña a bajar las expectativas como forma de autoprotección. Les susurra que es más seguro no esperar demasiado, más seguro no soñar demasiado grande, más seguro no creer demasiado fuertemente.

Esta es una de las estrategias más efectivas del enemigo. Satanás entiende que las personas sin esperanza se vuelven personas pasivas. Si no puede detener las promesas de Dios, intentará destruir nuestra expectativa de esas promesas. Si no puede remover el poder de Dios, intentará convencernos de que el poder de Dios nunca nos alcanzará personalmente. Si no puede silenciar a Dios, intentará silenciar nuestra fe. El objetivo del enemigo no es meramente hacer que las personas estén tristes. Su objetivo es hacer que dejen de mirar hacia arriba.

Muchos creyentes no están batallando la incredulidad tanto como están batallando el agotamiento. Aún creen que Dios puede. Simplemente están cansados. Cansados de esperar. Cansados de orar. Cansados de cargar cargas que parecen sin resolver. Cansados de creer por avances que aún no han llegado. El agotamiento espiritual es peligroso porque se disfraza de sabiduría. Las personas comienzan a decir cosas como: Solo estoy siendo realista, cuando en realidad se están protegiendo de la decepción. Lo llaman madurez, pero frecuentemente es esperanza herida tratando de evitar otro sufrimiento.

El hombre ciego de Marcos 8 tenía todas las razones para mantener la cabeza baja. La ceguera había definido su vida. La dependencia se había vuelto normal. La limitación se había vuelto familiar. Sin embargo, después del toque de Jesús, algo cambió. Antes de que llegara la claridad, despertó la expectativa. Antes de que la visión fuera restaurada, la esperanza comenzó a levantarse. Antes de que el milagro fuera completo, miró hacia arriba.

Así es frecuentemente como Dios obra en nuestras vidas. La primera señal de sanidad no siempre es la remoción del problema. A veces la primera señal de sanidad es el retorno de la esperanza. A veces el primer milagro no es la respuesta. Es la renovada capacidad de creer que una respuesta es posible. A veces Dios restaura la expectativa antes de restaurar las circunstancias. Sana la postura del alma antes de cambiar la situación que la rodea.

Hay una razón por la que Jesús llamaba repetidamente a las personas a mirar más allá de su realidad presente. A Abraham se le dijo que mirara las estrellas. A Israel se le dijo que mirara hacia la Tierra Prometida. A los discípulos se les dijo que levantarán los ojos porque los campos ya estaban blancos para la siega. A lo largo de las Escrituras, la visión y la expectativa están estrechamente conectadas. Lo que las personas miran frecuentemente determina lo que creen que es posible.

El enemigo quiere que los creyentes miren fijamente sus fracasos, sus heridas, sus decepciones y sus limitaciones. Quiere que miren hacia abajo. Cristo continuamente los llama a mirar hacia arriba. Los llama a mirar más allá de las circunstancias actuales y hacia las posibilidades divinas. Los invita a ver a través del lente de la fe en lugar del lente del miedo.

Es por eso que la frase miró hacia arriba lleva tal significado. La visión del hombre todavía era incompleta. Su milagro todavía estaba en proceso. Su entendimiento todavía era limitado. Sin embargo, la esperanza había regresado. Algo dentro de él había comenzado a levantarse nuevamente. El toque de Jesús había roto la postura de la desesperación.

Quizás es aquí donde muchos creyentes se encuentran hoy. Puede que aún no tengan claridad completa. Puede que aún estén esperando promesas, respuestas y avances. Sin embargo, si pueden orar nuevamente, creer nuevamente, esperar nuevamente y mirar hacia arriba nuevamente, entonces algo significativo ya ha ocurrido. El milagro puede no estar completo, pero está en marcha.

- *La primera evidencia de sanidad no fue que el hombre podía ver claramente.*
- *La primera evidencia de sanidad fue que podía mirar hacia arriba.*
- *Y frecuentemente la primera señal de que Dios está restaurando una vida no es que cada problema desaparece.*
- *Es que la esperanza comienza a vivir nuevamente.*

Mi Reflexion

SECCIÓN 8

El Valor de Admitir Que Aún Ves Borroso

Marcos 8:24 (RVR1960)

Él, mirando, dijo: Veo los hombres como árboles, pero los veo que andan.

Después de que el hombre ciego mira hacia arriba, Jesús le hace una pregunta que parece inusual. El Señor pregunta: ¿Si veía algo? En otras palabras: ¿Qué ves? A primera vista, esta pregunta parece innecesaria. Seguramente Jesús ya conocía la condición de la visión del hombre. Seguramente el Único que creó los ojos no necesitaba información sobre si Su toque había producido resultados. Sin embargo, esta pregunta nunca fue para Jesús. Fue para el hombre. Cristo lo estaba invitando a un momento de evaluación honesta. Antes de que el milagro pudiera ser completado, el hombre tenía que estar dispuesto a decir la verdad sobre dónde realmente estaba.

Este es uno de los aspectos más difíciles del crecimiento espiritual. La naturaleza humana frecuentemente prefiere la apariencia a la honestidad. Queremos parecer sanados antes de estar sanados. Queremos parecer fuertes antes de ser fuertes. Queremos proyectar madurez antes de que la madurez se haya desarrollado completamente. Hay algo dentro de todos nosotros que resiste la vulnerabilidad porque la vulnerabilidad se siente arriesgada. Tememos decepcionar a otros. Tememos parecer débiles. Tememos admitir que aún luchamos en áreas donde desearíamos haber alcanzado la victoria.

Lo notable del hombre ciego es que no finge. No exagera su condición. No reclama un milagro que aún no ha recibido. No permite que la gratitud por lo que ha ocurrido impida la honestidad sobre lo que aún necesita ocurrir. En cambio, habla con notable transparencia. Veo los hombres como árboles, pero los veo que andan. Su respuesta reconoce el progreso mientras simultáneamente admite la incompleción. Ya no está ciego, pero aún no ve con claridad. Algo ha cambiado, pero algo aún necesita atención. El milagro ha comenzado, pero aún no ha alcanzado su conclusión prevista.

Este tipo de honestidad requiere humildad. Es más fácil confesar ceguera total que sanidad parcial. Cuando alguien está completamente ciego, todos entienden su necesidad. Su condición es obvia. Su dependencia es visible. Su debilidad es innegable. Sin embargo, la sanidad parcial crea un desafío diferente. La persona ha mejorado lo suficiente como para parecer funcional mientras aún carga problemas sin resolver debajo de la superficie. Está mejor de lo que estaba, pero aún no es lo que podría llegar a ser. Es aquí donde muchos creyentes se encuentran espiritualmente.

Algunos han experimentado transformación genuina. Aman a Dios. Han sido tocados por Su presencia. Han visto victorias en áreas donde una vez experimentaron derrota. Sin embargo, aún batallan ciertos temores, heridas, actitudes, hábitos o patrones de pensamiento. No están donde solían estar, pero aún no están donde Dios pretende que estén. La tentación durante esta etapa es conformarse. La tentación es llamar a la mejoría completud. La tentación es dejar de perseguir una transformación más profunda porque la condición actual es mejor que la anterior.

Sin embargo, Jesús se niega a dejar al hombre en un estado de distorsión. El Señor no celebra la claridad parcial como si fuera visión completa. No condena al hombre por su honestidad, ni pretende que el proceso haya terminado. En cambio, permite que la verdad se convierta en la puerta hacia una mayor sanidad. Este es uno de los aspectos más hermosos del carácter de Dios. Él nunca se siente amenazado por nuestra honestidad. Él ya sabe lo que vemos y lo que no vemos. Él ya sabe dónde somos fuertes y dónde somos débiles. Él ya sabe lo que ha sido sanado y lo que aún requiere Su toque.

Desafortunadamente, muchos creyentes gastan una tremenda energía protegiendo una imagen en lugar de perseguir la transformación. Aprenden a hablar el lenguaje de la victoria mientras cargan en privado luchas sin resolver. Se vuelven habilidosos en parecer espiritualmente saludables mientras silenciosamente batallan con problemas que nunca han rendido completamente a Dios. Con el tiempo, la actuación reemplaza la autenticidad. La imagen reemplaza la honestidad. La actividad religiosa reemplaza el crecimiento genuino. Sin embargo, la sanidad no puede ocurrir en áreas que nos negamos a reconocer.

La confesión del hombre ciego nos enseña que la honestidad no es evidencia de fe débil. La honestidad es evidencia de fe genuina. Se necesita fe para admitir que Dios aún está obrando. Se necesita fe para confesar que necesitas otro toque. Se necesita fe para reconocer que aunque se ha producido progreso, el proceso no está completo. El enemigo quiere que los creyentes oculten sus luchas. Dios los invita a traer esas luchas a Su presencia. El enemigo quiere que finjan. Dios quiere que sean transformados.

Hay otra lección oculta en la respuesta del hombre. Nota que compara lo que ve con algo que ya entiende. Veo los hombres como árboles. La distorsión frecuentemente ocurre cuando interpretamos realidades presentes a través de un entendimiento incompleto. El hombre puede ver movimiento, pero no puede interpretar con precisión lo que ve. La imagen está presente, pero falta la claridad. Así es frecuentemente como opera la distorsión espiritual. Recibimos información, pero

nuestra percepción sigue siendo afectada por experiencias pasadas, heridas, temores y suposiciones. Vemos, pero no siempre vemos correctamente.

El peligro de esta condición es que puede sentirse lo suficientemente cercana a la claridad como para que dejemos de buscar más. La ceguera total crea desesperación. La vista parcial frecuentemente crea complacencia. Las personas se convencen de que porque están mejor que antes, ya no necesitan una transformación más profunda. Sin embargo, Dios nunca tuvo la intención de que la mejoría se convirtiera en el destino final. Su objetivo no es meramente hacernos funcionales. Su objetivo es hacernos completos.

Es por eso que la autoevaluación honesta sigue siendo esencial a lo largo de la vida cristiana. El crecimiento requiere rendición continua. La madurez requiere examen continuo. El Espíritu Santo revela continuamente áreas donde se necesita mayor claridad. No para condenarnos, sino para completar la obra que ha comenzado. El hombre ciego nos enseña que el camino hacia el segundo toque comienza con el valor de decir la verdad sobre el primero.

- *Su honestidad no detuvo el milagro.*
- *Su honestidad lo hizo avanzar.*
- *Porque a veces el mayor obstáculo para la sanidad completa no es la ceguera.*
- *Es pretender que ver borroso es suficientemente claro.*

Mi Reflexion

SECCIÓN 9

Ver Hombres Como Árboles

Marcos 8:24 (RVR1960)

Él, mirando, dijo: Veo los hombres como árboles, pero los veo que andan.

La declaración del hombre ciego es una de las confesiones más fascinantes en toda la Escritura. Ya no está ciego, pero tampoco está viendo correctamente. La luz ha entrado en sus ojos, pero la claridad aún no ha entrado en su percepción. Puede distinguir movimiento. Puede identificar formas. Puede reconocer que algo está ahí. Sin embargo, no puede interpretar con precisión lo que

ve. Los hombres parecen árboles. Los seres humanos parecen más grandes que la vida. La realidad está distorsionada. El problema ya no es la ausencia de vista. El problema es la mala interpretación de la vista.

Esta distinción es críticamente importante porque la visión distorsionada es frecuentemente más peligrosa que la ceguera misma. Una persona ciega sabe que necesita ayuda. Una persona ciega entiende su limitación. Una persona ciega reconoce su dependencia. Pero una persona con visión distorsionada frecuentemente cree que está viendo correctamente cuando no lo está. Su confianza excede su claridad. Su percepción se convierte en su realidad, incluso cuando esa percepción está defectuosa. Es por eso que la distorsión espiritual puede convertirse en un arma tan poderosa en manos del enemigo. Satanás entiende que si no puede mantener a un creyente completamente ciego, intentará distorsionar lo que ve.

Una de las formas principales en que se desarrolla la distorsión es a través del dolor. El dolor tiene una notable capacidad para remodelar la percepción. Una persona que ha sido traicionada repetidamente comienza a esperar traición. Una persona que ha sido rechazada comienza a anticipar el rechazo. Una persona que ha sido herida por figuras de autoridad comienza a desconfiar de la autoridad. Una persona que ha experimentado abandono comienza a temer el abandono incluso cuando no existe abandono. Con el tiempo, las experiencias pasadas se convierten en lentes a través de los cuales se interpretan las realidades presentes. Las personas ya no responden meramente a lo que está ocurriendo. Responden a lo que las heridas anteriores les han enseñado a esperar.

Es por eso que dos individuos pueden experimentar exactamente la misma situación e interpretarla de manera completamente diferente. Uno ve una oportunidad mientras otro ve una amenaza. Uno ve corrección mientras otro ve rechazo. Uno ve paciencia mientras otro ve negligencia. Uno ve guía mientras otro ve control. Las circunstancias externas pueden ser idénticas, pero los lentes internos son diferentes. Lo que las personas llevan dentro de sí mismas inevitablemente influye en cómo interpretan lo que existe a su alrededor.

La confesión del hombre ciego ilustra este principio bellamente. Está recibiendo información, pero está procesando esa información a través de una visión incompleta. Está viendo la realidad, pero no con precisión. La imagen está presente, pero está distorsionada. En muchos sentidos, esto refleja la experiencia de innumerables creyentes. Genuinamente aman a Dios. Genuinamente desean la verdad. Genuinamente quieren seguir a Cristo. Sin embargo, heridas sin resolver, decepciones, temores y suposiciones siguen afectando cómo interpretan tanto a Dios como a los demás.

Esto se vuelve particularmente peligroso en las relaciones. La visión distorsionada causa que las personas asignen motivos que no existen. Las hace interpretar el silencio como rechazo, la corrección como hostilidad y el retraso como abandono. Magnifica las amenazas mientras minimiza la gracia. Crea historias que se sienten verdaderas incluso cuando no lo son. Relaciones

enteras pueden ser dañadas porque los individuos están respondiendo a árboles que creen que son hombres y hombres que creen que son árboles.

La misma distorsión puede afectar la relación de una persona con Dios. Muchos creyentes luchan no porque Dios los haya fallado, sino porque están interpretando las acciones de Dios a través del lente del dolor anterior. Una respuesta demorada se convierte en evidencia de que a Dios no le importa. Una puerta cerrada se convierte en prueba de que Dios los ha abandonado. Una temporada difícil se convierte en confirmación de que Dios los está castigando. Los hechos no han cambiado. La interpretación sí. La visión distorsionada hace que las personas malinterpreten el corazón de un Dios que ha sido fiel todo el tiempo.

Una de las mayores victorias del enemigo ocurre cuando personas heridas comienzan a construir teología alrededor de sus heridas en lugar de alrededor de las Escrituras. Comienzan a definir a Dios por lo que los lastimó en lugar de por lo que Él ha revelado sobre Sí mismo. Comienzan a ver el futuro a través del lente de decepciones anteriores en lugar de a través de las promesas de Dios. El resultado es una vida vivida defensivamente en lugar de fielmente. El miedo se convierte en el intérprete. El dolor se convierte en el maestro. El trauma se convierte en el lente.

Sin embargo, Jesús no sacó al hombre de Betsaida meramente para mejorar su agudeza visual. Lo sacó para restaurar una visión precisa. Cristo no estaba interesado en ayudar al hombre a funcionar con distorsión. Pretendió remover la distorsión por completo. Esto es importante porque Dios no simplemente quiere que veamos más. Quiere que veamos correctamente. La madurez espiritual no es meramente la acumulación de conocimiento. Es el desarrollo de la percepción piadosa. Es aprender a ver a Dios, a las personas, las circunstancias y a nosotros mismos a través del lente de la verdad en lugar del lente del miedo.

Muchos creyentes pasan años orando por circunstancias cambiadas cuando lo que realmente necesitan es percepción cambiada. Le piden a Dios que mueva montañas cuando Dios está tratando de sanar los ojos que miran las montañas. Le piden que cambie personas cuando Él está tratando de cambiar cómo las ven. Le piden que altere situaciones mientras Él está trabajando para transformar la interpretación. El milagro que necesitan no siempre es externo. A veces es interno.

Es por eso que el Espíritu Santo trabaja continuamente dentro de los creyentes para renovar la mente.

Romanos 12:2 (RVR1960)

No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento...

Nota que la transformación está conectada a la percepción renovada. Dios entiende que hasta que cambie la forma en que vemos, la forma en que vivimos luchará para cambiar. Una mente

distorsionada continuamente producirá conclusiones distorsionadas. Por lo tanto, la sanidad debe llegar más profundo que el comportamiento. Debe llegar a la percepción.

- *El hombre ciego nos enseña que ver no es suficiente.*
- *Debemos ver con precisión.*
- *Debemos ver a las personas con precisión.*
- *Debemos vernos a nosotros mismos con precisión.*
- *Debemos ver nuestras circunstancias con precisión.*
- *Lo más importante, debemos ver a Dios con precisión.*
- *Porque hasta que se remueva la distorsión, seguiremos tomando decisiones basadas en imágenes que están presentes pero aún no son claras.*
- *Y Jesús nos ama demasiado para dejarnos vivir en un mundo borroso.*

Mi Reflexion

SECCIÓN 10

El Segundo Toque

Marcos 8:25 (RVR1960)

Luego le puso otra vez las manos sobre los ojos, y le hizo que mirase; y fue restaurado, y vio de lejos a todos claramente.

Hay algo profundamente alentador en el hecho de que Jesús tocó al hombre por segunda vez. El segundo toque no fue evidencia de que el primer toque había fallado. Fue evidencia de que Jesús no había terminado. Con demasiada frecuencia, cuando los creyentes se encuentran viviendo entre la promesa y el cumplimiento, entre la mejoría y la plenitud, comienzan a preguntarse si algo ha salido mal. Cuestionan su fe. Cuestionan sus oraciones. Algunos incluso cuestionan el compromiso de Dios con ellos. Sin embargo, la historia del hombre ciego nos recuerda que Dios no se desanima por el proceso. El Señor que comienza una obra también está comprometido a completarla.

El milagro de Marcos 8 se destaca en los Evangelios porque se desarrolla por etapas. Cada detalle parece intencional. Jesús podía haber sanado al hombre completamente con un solo toque. Había levantado a los muertos con una palabra. Había calmado tormentas con un mando. Había expulsado demonios al instante. Nada de esta situación excedía Su poder. Por lo tanto, la naturaleza gradual del milagro no puede explicarse por una falta de habilidad divina. Debe entenderse como una lección deliberada. Cristo estaba enseñando algo no solo al hombre ciego sino también a todo creyente que un día leería este relato.

Una de las mayores concepciones erróneas en la vida cristiana es la creencia de que la transformación siempre ocurre instantáneamente. Ciertamente, Dios puede realizar milagros inmediatos. Todavía lo hace. Hay momentos en que las cadenas se rompen en un instante, las adicciones desaparecen en un momento y las cargas se levantan en un instante. Sin embargo, también hay muchos casos donde Dios elige obrar progresivamente. Transforma capa por capa, temporada por temporada y paso a paso. El milagro no es menos real porque se desarrolle gradualmente. El proceso no disminuye el poder de Dios. Revela la paciencia de Dios.

Muchos creyentes se frustran porque evalúan su condición presente contra su destino deseado en lugar de contra dónde Dios ya los ha traído. Se enfocan en lo que queda sin terminar mientras pasan por alto cuánto ya ha cambiado. El hombre ciego podría haberse desanimado por su visión borrosa, pero su visión borrosa era evidencia de que la ceguera ya no tenía la última palabra. Aún no veía claramente, pero veía más claramente que antes. El progreso puede no ser perfección, pero el progreso sigue siendo evidencia de actividad divina.

Esta es una de las razones por las que el enemigo trabaja tan arduamente para producir desánimo. Quiere que los creyentes se obsesionen con lo que aún no ha ocurrido. Quiere que ignoren cada señal de crecimiento, cada evidencia de gracia y cada paso de transformación. Quiere que concluyan que porque no han terminado, han fallado. Sin embargo, las Escrituras presentan consistentemente una imagen diferente. Dios se especializa en personas incompletas. Cada figura importante en la Biblia era una obra en proceso. Abraham aún estaba aprendiendo fe. Moisés aún estaba aprendiendo obediencia. David aún estaba aprendiendo arrepentimiento. Pedro aún estaba aprendiendo humildad. Los propios discípulos pasaron años siendo moldeados, corregidos y transformados por Cristo.

La belleza del segundo toque es que revela la persistencia de la gracia de Dios. Jesús podía haber dejado al hombre con visión parcial. Después de todo, ver hombres como árboles todavía era una mejoría sobre la ceguera total. Sin embargo, Cristo se negó a conformarse con la mejoría cuando la restauración estaba disponible. Se negó a dejar al hombre viviendo con distorsión. Se negó a abandonar el proceso a la mitad. El Salvador que inició el milagro permaneció comprometido hasta que la obra estuvo completa.

Esta verdad debe traer tremendo consuelo a todo creyente. Hay momentos en que somos dolorosamente conscientes de nuestras imperfecciones. Reconocemos áreas donde nuestra fe es

débil, nuestro entendimiento es limitado y nuestro crecimiento se siente incompleto. Durante esas temporadas, es fácil desanimarse. Sin embargo, el segundo toque nos recuerda que el compromiso de Dios con nuestra transformación es mayor que nuestra conciencia de nuestras deficiencias. Él ve en lo que nos estamos convirtiendo incluso mientras todavía luchamos con lo que actualmente somos.

Nota también que Jesús hizo que el hombre mirara hacia arriba nuevamente. La misma postura hacia arriba que apareció después del primer toque sigue siendo necesaria después del segundo toque. Esto es significativo porque el crecimiento requiere expectativa continua. El hombre no podía recibir mayor claridad mientras regresaba a la postura de la desesperación. Tenía que continuar mirando hacia arriba. Tenía que continuar confiando. Tenía que continuar posicionándose hacia el Único que lo estaba sanando.

El mismo principio aplica a los creyentes de hoy. Muchas personas reciben un toque inicial de Dios y luego dejan de perseguirlo. Se conforman con el crecimiento parcial. Se satisfacen con la claridad limitada. Dejan de buscar porque ya no están ciegos. Sin embargo, Jesús llama a Su pueblo más allá de la mera mejoría. Los llama hacia la madurez, la plenitud y la transformación completa. La vida cristiana no es simplemente escapar de la oscuridad. Es crecer en claridad.

El resultado final del milagro es notable.

Marcos 8:25 (RVR1960)

Y fue restaurado, y vio de lejos a todos claramente.

La palabra restaurado es importante. Implica que algo fue devuelto. Algo que había sido perdido fue recuperado. Al hombre no simplemente se le dio vista. Fue restaurado a la vista correcta. Lo que la distorsión había robado, Jesús lo devolvió. Lo que la ceguera había dañado, Jesús lo reparó. Lo que había llegado a ser poco claro fue aclarado nuevamente.

Este es el corazón de la redención. Dios no simplemente mejora vidas. Las restaura. Restaura la visión. Restaura la esperanza. Restaura el propósito. Restaura la alegría. Restaura la fe. Restaura lo que el pecado, el dolor, la decepción y el quebrantamiento han intentado robar. La obra de Cristo no es meramente ayudar a las personas a sobrevivir. Es hacerlas completas.

- *El segundo toque nos enseña que Dios no ha terminado simplemente porque estamos mejor.*
- *No ha terminado porque estamos funcionando.*
- *No ha terminado porque estamos mejorando.*
- *No ha terminado hasta que Su obra de transformación alcanza su objetivo previsto.*
- *El primer toque hizo al hombre mejor.*
- *El segundo toque hizo al hombre completo.*

- Y el mismo Salvador que completó el milagro en Marcos 8 aún está completando lo que comienza en las vidas de Su pueblo hoy.

COMPLETA LOS ESPACIOS EN BLANCO

Completa los enunciados usando palabras o frases del estudio bíblico.

1. Dios a menudo comienza los milagros a través de _____ prestada.

2. La exposición a los milagros no produce automáticamente _____.

3. La fe es confiar en Dios incluso cuando Sus _____ no coinciden con nuestras expectativas.

4. Dios frecuentemente da _____ antes de dar revelación.

5. La primera evidencia de sanidad no fue claridad, sino que el hombre _____.

6. El hombre ciego fue lo suficientemente honesto para admitir: Veo los hombres como _____.

7. Dios no simplemente quiere que veamos más; quiere que veamos _____.

PREGUNTAS DE REFLEXIÓN

Reflexión Personal

¿Quiénes fueron las personas que te ayudaron a llegar a Jesús, y cómo impactó su fe en tu

1. camino espiritual?

¿Al mirar atrás en tu vida, puedes identificar temporadas en que Dios te separó de ciertos entornos antes de transformarte?

- 2.

¿Alguna vez te has sentido cómodo estando cerca de las cosas espirituales sin permitir que Dios te transforme personalmente? Explica.

- 3.

4. ¿Qué entornos, influencias o voces han moldeado más tu visión espiritual?

¿Hay un área de tu vida donde Dios puede estar pidiéndote que confíes en Su proceso aunque no lo comprendas completamente?

- 5.

PENSAMIENTO FINAL

El milagro de Marcos 8 no es meramente la historia de un hombre ciego que recibe vista. Es la historia de todo creyente que ha experimentado el toque de Dios pero aún se encuentra en proceso. Nos recuerda que la transformación es frecuentemente progresiva, que la honestidad es

esencial, que la visión distorsionada puede ser sanada y que Dios se niega a abandonar lo que comienza. El mismo Jesús que sacó al hombre de Betsaida, lo tocó, lo interrogó, corrigió su percepción y restauró su visión aún está obrando en las vidas de Su pueblo hoy. Su objetivo no es meramente la mejoría. Su objetivo es la restauración. Su deseo no es simplemente que veamos. Su deseo es que veamos claramente.

Filipenses 1:6 (RVR1960)

Estando persuadido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo:

A veces la oración más espiritual que un creyente puede orar no es: Señor, tócame.

A veces es:

Señor, tócame de nuevo.